

había decretado contra los prevaricadores de Israel. Acab había dejado setenta hijos, y estos se criaban en Samaria, repartidos en las casas de los Magnates de la ciudad, como Ayos de los Príncipes. Jeú escribió una carta circular á estos, encargándoles se juntasen todos los sesenta, y eligiesen uno de los Príncipes para reinar sobre Israel. Estos cortesanos conocían muy bien el carácter de Jeú, para caer en la insidiosa propuesta; ellos formaron su junta y conviniéron en esta respuesta: Vasallos tuyos somos, harémos todo lo que mandares, y no pondrémos Rey sobre nosotros. Haz lo que bien te pareciere. Vista esta respuesta, Jeú les escribió segunda carta diciendo: Si sois míos, y me obedecéis, quitad las cabezas á los hijos de Acab, y mañana á esta misma hora, traéd-melas á Jezrael. El contenido de esta segunda carta, justificaba la sospecha que había causado la primera á los Ayos, y comprometidos en su respuesta, llevaron al día siguiente á Jezrael las setenta cabezas de los hijos de Acab. Jeú partió luego para Samaria, y en el camino hizo degollar á cuarenta y dos hermanos de Ocozias rey de Judá, los que ignorantes de la muerte de su hermano y revolucion en Jezrael, venían á visitar á Joran. Esterminada la familia de Acab, pasó Jeú á castigar los sacerdotes de Baal.

Luego que llegó á Samaria, se fingió adorador de Baal, y publicó un edicto convocando á todos los sacerdotes de aquel ídolo, para hacer una solemne accion de gracias por su entronizacion. Los profetas de Baal se regocijaron mucho con la devocion de su real

prosélito, no dudando que el culto de su dios se entendería sobre todo Israel con el ejemplo de un hombre como Jeú; y para dar toda la solemnidad al sacrificio, conviniéron en concurrir al templo de Samaria todos los ministros del altar. En el día señalado por el Rey, se congregaron todos muy temprano, para tener lugar de congratularse unos á otros ántes de la hora del sacrificio. Llegó el tiempo, se dió la señal, y poniéndose sus vestiduras entraron todos los ministros de Baal en el templo, en tanto número que apenas podían moverse para hacer las ceremonias. Principiaron á hacer el holocausto, y continuaban en su bullicioso entusiasmo, cuando de repente entraron ochenta hombres escogidos por Jeú, y empuñando las espadas, dejaron el pavimento cubierto de cadáveres ensangrentados. Ejecutada la cruel orden sin escaparse un solo ministro del ídolo, sacaron su estatua, la redujeron á polvo, destruyéron el templo, y quedó Baal totalmente esterminado en Israel. Si Jeú hubiera calcinado los becerros de oro de Jeroboan, como hizo con el simulacro de Baal, su zelo, aunque feroz, hubiera sido excusable; pero continuando en la prevaricacion del primer Rey de Israel, ofendió mucho al Señor, y abandonó á Jeú y á su pueblo á la persecucion de Azael. Este Rey de Siria derrotó los ejércitos de Israel por todas partes, infligiendo en el pueblo aquellas calamidades terribles, cuya sola prevision hizo llorar al Profeta Eliseo, cuando este mismo Azael fué á consultarle sobre la enfermedad de su Rey Benadad. Despues de un reinado desgraciado de vein-

te y ocho años murió Jeú, y le sucedió Joacaz su hijo.

XI. Joacaz por las continuas derrotas que habia sufrido Israel durante el reinado de su padre, se halló sin medios de defensa : diez carros de campaña, cincuenta hombres de á caballo, y diez mil de á pie componian todo su ejército. Con este miserable resto del antiguo poder de Israel, no podia impedir la devastacion de sus dominios. Benadad hijo de Azael, habia heredado el trono de Siria y el implacable odio de su padre con él : privado de aquella grandeza de ánimo que la humillacion de un enemigo suele causar en un vencedor, se deleitaba en destruir sin oposicion; y hubiera acabado con Israel, si el Señor, viendo la angustia de su pueblo, no le hubiera dado un libertador. Joacaz murió despues de un vergonzoso reinado de diez y siete años, y Joas su hijo reinó en su lugar.

XII. Joas subió á un trono humillado para reinar sobre un pueblo abatido ; todas las ciudades de alguna importancia estaban ocupadas por los Siros ; y acobardados los Israelitas con tantos desastres, daban al nuevo Rey poca esperanza de espeler al enemigo de Israel. Aunque Joas vivia en la prevaricacion de sus antecesores, tenia una singular veneracion al Profeta Eliseo : y cuando supo que el siervo de Dios estaba gravemente enfermo, vino á visitarle. Luego que entró en el aposento del venerable anciano, y le vió tan próximo á morir, lloró mucho ; se acercó al lecho para pedirle su bendicion, y dijo : Padre mio, Padre

mio, carro de Israel y su conductor. El santo Profeta que habia sentido la angustia de Israel por tantos años, y vió ahora la afliccion del Rey, quiso premiar su caridad prometiéndole victorias contra su enemigo. Trae tu arco y las flechas, le dijo Eliseo ; traído el arco, continuó : Pon tu mano sobre el arco ; y el Profeta puso entónces sus manos sobre las del Rey : Abre la ventana del oriente, añadió el siervo de Dios, y tira una flecha. El Rey disparó el arco ; y Eliseo exclamó : Saeta de salud del Señor, y saeta de salud contra Siria ; herirás á la Siria hasta consumirla. Tomá las flechas, dijo de nuevo el Profeta, é hiere la tierra con un dardo. Joas tomó las flechas, arrojó tres contra la tierra, y cesó. El debilitado espíritu de Eliseo se inflamó, y dijo al Rey con gran enojo : ¿ Porqué has cesado de tirar flechas ? si hubieras herido la tierra cinco, seis ó siete veces, hubieras herido á la Siria hasta el esterminio : mas ahora la herirás solo tres veces.

El Rey se despidió muy consolado, y el virtuoso Eliseo oprimido con los años y consumido por la enfermedad, murió poco despues. El maravilloso don de milagros con que el Señor distinguió á este fiel Profeta suyo, le hizo célebre durante su vida, y continuó su virtud hasta en el sepulcro. Poco tiempo despues de haberle sepultado, pasaban junto á su sepulcro unos habitantes del pueblo á enterrar á un difunto : viendo venir una cuadrilla de salteadores moabitas, y no teniendo lugar de abrir un hoyo, les ocurrió echar el cadáver en el sepulcro de Eliseo, y se retiraron

precipitadamente á la ciudad. Apenas tocó los huesos del santo Profeta aquel hombre muerto, resucitó, y sosteniéndose sobre sus pies, se restituyó á su casa.

Animado Joas con la prediccion del santo Profeta, levantó nuevas tropas, las animó con su ejemplo, y las mandó en persona contra el Rey de Siria. Benadad le salió al encuentro, pero fué derrotado tres veces por el Rey de Israel, obteniendo este tres grandes victorias, segun el número de saetas que habia disparado con su arco á presencia de Eliseo; y con estas ventajas recobró Joas todas las ciudades de Israel que habia perdido su padre Joacaz. El Rey de Judá Amasias habia vencido á los Idumeos, y esta victoria le habia engreido tanto, que provocó injustamente á Joas y le desafió. Este Rey habia adquirido prudencia en sus anteriores desgracias, y aunque victorioso ahora de los Siros, queria evitar todo rompimiento con el Rey de Judá, y procuró calmarle con razones; pero todo fué inútil, porque Amasias continuó insultándole. Joas vió ultrajado su honor, y quiso vengar la afrenta; juntó su ejército y marchó hácia Judá. Amasias le aguardaba en Betsames con sus tropas, y no tardó Joas mucho en presentarse á vista de aquella ciudad. Luego se dió la batalla, y el ejército de Judá fué completamente derrotado: Amasias huyó á Betsames, y el victorioso Joas fué tras él, tomó la ciudad y le hizo prisionero. Joas para completar su triunfo llevó á Amasias preso á su misma corte de Jerusalem; y despues de derribar parte de las murallas, y de saquear todo el oro, plata y vasos que halló en el tem-

plo y en el tesoro real, se volvió en triunfo á Samaria. Despues de esta victoria murió Joas habiendo reinado diez y seis años, y le sucedió Jeroboan su hijo.

XIII. Jeroboan II. El reino de Israel habia sufrido tanto en los reinados anteriores, que estuvo á punto de ser borrado del número de las naciones. El largo y feliz reinado de Jeroboan segundo, dando vigor á la nacion, la puso en estado de oponerse á sus enemigos. Jeroboan hizo la guerra á los Siros con tanta felicidad, que reconquistó toda la tierra que habia perdido Israel, y restableció los límites antiguos del reino, segun el profeta Jonas habia predicho al principio del reinado de Jeroboan, cuando no habia indicios algunos de que Israel pudiera humillar á la Siria. Despues de haber reinado cuarenta y un años murió, y le sucedió su hijo Zacarias.

XIV. Zacarias. Cuando este Príncipe subió al trono de Israel, se halló rodeado de Gefes ambiciosos, que aspiraban á poseerse del reino, y solo los detenía la rivalidad. Sellun, el mas atrevido de ellos, considerando su partido bastante fuerte, se conjuró abiertamente contra su Rey, y le mató en público. Así acabó Zacarias un reinado de solo seis meses; y con su muerte quedó estinguida la familia de Jeú, habiendo declarado el Señor que no habia de reinar en Israel sino por cuatro generaciones.

XV. Sellun. Este regicida usurpó la corona, y apenas tuvo tiempo para ceñírsela. Menaen, otro Gefé ambicioso que hubiera conspirado ántes contra su

soberano, si hubiese tenido probabilidad de conseguir su fin, procuró ganar ahora el partido de Zacarias; y con pretesto de vengar la muerte de este desgraciado Rey, quitó la vida á Sellun al mes de su usurpacion, y reinó en su lugar.

XVI. Menaen. Luego que este usurpador se creyó seguro en el trono, fué á combatir la ciudad de Tapsa que no queria reconocerle, y los infelices habitantes, no pudiendo resistir la fuerza de Menaen, se rindieron con esperanza de obtener perdon. La compasion era virtud desconocida del usurpador, y todos los que se hallaron en la ciudad fueron pasados á cuchillo sin distincion de sexo ni edad. Ful Rey de los Asirios vino contra Israel, pero Menaen, en virtud de una gran cantidad de dinero que dió al Asirio, evitó la invasion, y Ful se volvió dejándole mas firme en el trono. Menaen reinó diez años, y dejó la corona á su hijo Faceia.

XVII. Faceia. Este Príncipe no fué tan feliz como su padre: sin virtudes propias, sin la resolucion ó política de Menaen, se mantuvo en el trono hasta que que se declaró un enemigo contra él. Facé, hijo del general Romelia, se conjuró contra Faceia y le mató en su palacio de Samaria, despues de dos años de un reinado miserable. El pueblo de Israel reconoció á Facé por Rey.

XVIII. Facé. Este usurpador era un gran guerrero: sin embargo del deplorable estado en que se hallaba el reino, pudo levantar un ejército y hacer una guerra destructiva al Rey de Judá; pero estas venta-

jas aceleraron su ruina, y la pérdida de algunas tribus. Facé trajo á su alianza á Rasin Rey de Siria, y unidas sus fuerzas con las de este, pusieron sitio á Jerusalem. Acab Rey de Judá, no hallándose en estado de resistir á los sitiadores, imploró el auxilio del Rey de Asiria, y para asegurar el efecto de su solicitud, le mandó embajadores con todas las alhajas de oro y plata que pudo hallar en el templo y en su tesoro. A la vista de tan rico presente se resolvió el Asirio, y vino con un poderoso ejército para librar á Acab de las manos de sus enemigos. Rasin perdió su vida y su reino; Facé perdió toda la tierra de Neftali y otras muchas provincias de Israel, de las que se apoderó el Rey de Asiria, llevándose cautivos á sus habitantes. Estas pérdidas de Israel diéron motivo á Osé para conjurarse contra Facé, y logrando una oportunidad favorable, le quitó la vida á los veinte años de su reinado, y subió al trono en su lugar.

XIX. Osé. Este fué el último Rey de Israel. Una sucesion de regicidios, conjuraciones y anarquía no podia continuar por mas tiempo. Abandonado Israel por el Señor despues de muchos años, vió ahora acercarse el término de su existencia, no solo como nacion, mas con el duro castigo de la transportacion de todos sus habitantes. Salmanasar Rey de los Asirios, incitado por el desorden y debilidad del reino de Israel, le invadió y conquistó, permitiendo á Osé el título de Rey, con la condicion de pagarle un tributo, y reconocerse vasallo de los soberanos de Asiria. Osé consintió en todo, mas no siendo posible que un

Rey obre de buena fe en un estado tan degradado, solicitó Osé la proteccion del Rey de Egipto, aunque fuese solo por mudar de amo. Salmanasar descubrió el oculto designio del Rey de Israel, juntó todas sus fuerzas, ocupó todas las provincias y cercó á Samaria. La capital se defendió por tres años, hasta que los horrores de un sitio tan obstinado obligáron á Osé á entregarse á discrecion del conquistador. Salmanasar, justamente indignado con la mala fe de su tributario, le encadenó y encarceló por toda su vida: luego mandó juntar á todos los habitantes del reino, y separándolos en cuerpos, los condujo á las orillas del rio Gazan, y desde allí los distribuyó entre las ciudades de los Medos, trayendo Babilonios para habitar en Samaria y demas pueblos de Israel.

Este fué el fin desastrado de las diez tribus que separadas de Judá formáron un reino distinto bajo el gobierno de Jeroboan. En los doscientos cincuenta y cuatro años de su duracion, y en una serie de diez y nueve Reyes, no hubo uno que hubiera servido al verdadero Dios. La idolatría introducida por Jeroboan desde la muerte de Salomon fué conservada hasta el tiempo de la cautividad. Es casi inconcebible, como pudo una nacion entera mantenerse por siglos, fiel á unos ídolos impotentes, y resistirse á los impulsos de aquel Dios que habia obrado, á vista de todo el pueblo, los mas estupendos prodigios por medio de Elias, Eliseo y otros profetas. No habiendo sido suficiente ni castigos, ni amenazas por lo presente ni por lo futuro, fué necesario poner fin á sus abominacio-

nes é idolatría con la total disolucion de su imperio: y estinguido este, quedáron condenados á vagar ellos y sus descendientes por las provincias septentrionales del Asia para siempre.

CAPITULO SEGUNDO.

REYES DE JUDA HASTA LA CAUTIVIDAD DE BABILONIA.

Separadas las diez tribus que aclamáron á Jeroboan por su Rey, quedáron la tribu de Judá y la de Benjamin constituidas en otro reino distinto: aquellas por mas numerosas se intitularon Reino de Israel, y la de Benjamin, siendo muy inconsiderable, quedó refundida en el Reino de Judá. El Señor habia prometido á David la estabilidad de su trono en esta tribu, y conforme á esta promesa divina, la línea masculina de David ocupó el trono de Judá.

I. Roboan. La proclamacion de Jeroboan al trono de Israel fué considerada por Roboan como un acto de rebeldía, y resuelto á recobrar los derechos que le asistían de justicia, levantó un ejército de ciento ochenta mil hombres, para reducir á su obediencia las tribus insurgentes; pero el Señor habia decretado de antemano la desmembracion del reino de Salomon en castigo de su infidelidad. Semeias se presentó á Roboan, y le intimó de parte de Dios que no peleara contra sus hermanos los hijos de Israel, porque el Señor mismo habia hecho aquella division; el Rey escuchó con sumision las palabras del Profeta, despidió